

según el cap. 48, 15, profano, merece como capital del país y habitada por familias de todas las tribus de Israel, alguna distinción de las demás ciudades y terrenos; pero a fin de que sus murallas no toquen directamente al terreno sagrado sacerdotal, queda una anchura entre éste y la muralla del Norte de 250 varas, porque la ciudad santa forma un cuadrado de 4,500 varas de lado, ó sea de 558 hectáreas, en el centro de su territorio, cuya parte oriental y occidental, dejando libre la faja al Norte, debe ser cultivada por los habitantes de la ciudad. El terreno total de la ciudad, descontando el ocupado por los edificios pero contando las fajas al Norte y Sur, compone 2,887 hectáreas, por manera que á los habitantes de Jerusalén tocaba menos terreno que á los sacerdotes.

Considerándose necesario para el dichoso porvenir de Israel que Jehová volviese á morar en medio de su pueblo, no había otro punto más adecuado para su morada que la montaña del templo; y desde este punto contempla Ezequiel en la imaginación el porvenir de Israel, y da á entender claramente que la fe en el regreso de Jehová á su antigua morada, es la base de toda su esperanza del porvenir. Este proyecto es también una prueba de la energía intelectual de Ezequiel por la manera de crear toda una organización nacional conforme á sus ideas religiosas.

Ezequiel separa en su proyecto la nueva ciudad del nuevo templo porque cree en una transformación milagrosa de la Tierra Santa en la época mesiánica. Cuando los expatriados volvieron á su país no pudieron realizar el proyecto de Ezequiel: primero porque no se había efectuado la transformación milagrosa del país, y luego porque la ciudad no podía ser trasladada á la montaña ni á los barrancos que había y hay todavía entre las aldeas actuales de Bet-Sur y Sur-Baher, donde había de ser construida según el proyecto de Ezequiel. Tuvo, pues, que construirse forzosamente en el mismo sitio que antes, es decir, á la inmediación del templo, ni se la pudo dar forma de cuadrado ni tres puertas en cada lado, como había dispuesto Ezequiel (18, 13 y siguientes), ni menos se pudieron dar á estas puertas los nombres de las doce tribus, porque ni existían las puertas ni habitaban la ciudad familias de las doce tribus sino únicamente familias de Judá y de Benjamín.

No debiendo haber ya próximos al templo palacios ni otros edificios del rey, según el proyecto de Ezequiel, podía disponerse de todo este espacio para las necesidades del culto, y en efecto, allí coloca el profeta los pórticos y las cocinas para los que van al templo á ofrecer sacrificios, quedando así libre la plaza del templo. En adelante puede reunirse allí el pueblo ya para hacer sus oraciones, ya para recibir de los profetas su instrucción religiosa, ya para los banquetes con que terminaban sus sacrificios. De esta manera quedaban solamente las mesas en que se destrozaban las reses de sacrificio y las cocinas de los sacerdotes en la plaza del templo. De aquí resulta que el templo de Ezequiel tenía dos plazas ó patios, mientras el antiguo no tenía más que una plaza, á la cual correspondía el patio interior del plano de Ezequiel, mientras la plaza exterior correspondía á las dos plazas del palacio del rey, y rodeaba la interior en que se hallaba el templo y el altar de los sacrificios por los lados Norte, Este y Sur, de igual anchura en los tres lados. Este arreglo resultó factible á la vuelta del destierro porque el pueblo no necesitaba ni del palacio real ni de otros edificios del Estado, y esta fué la razón por que el nuevo templo tenía dos plazas cuando el antiguo solo tuvo una (1); bien

(1) Sucede frecuentemente que muchas personas se figuran el templo primero, anterior al destierro, como construido á la manera del templo ideado por Ezequiel.

que las dos plazas del plano de Ezequiel no fueron separadas tan escrupulosamente como había ideado su autor (2). En el plan de Ezequiel resulta la plaza exterior muy despejada por la falta de edificios, y no da su autor suficientes detalles de los pórticos y cocinas destinados al pueblo, lo cual se explica por ser esta plaza una cosa enteramente nueva. En la plaza interior hay los pórticos de entrada y adosados á los mismos otros pórticos para los sacerdotes de servicio; luego hay otros donde se guardaba la parte de los sacrificios que tocaba á los sacerdotes y donde estos comían; después las mesas en que habían de ser muertas y despedazadas las reses; al aire libre las de las reses para los sacrificios de paz y los de fuego, y en el pórtico del Este las de las reses destinadas á los sacrificios de pecados y de perdón. Adosados á los muros de recinto estaban los pórticos, en número de treinta, destinados á los servidores legos.

Atendida la escrupulosidad con que se trataba de evitar en adelante todo contacto entre lo sagrado y lo profano, y entre lo puro é impuro, resultaba también defectuosa la antigua costumbre de la admisión de personas laicas en el templo y en los sacrificios. Antes había sido costumbre aun en los sitios de culto servidos por una corporación sacerdotal, que los laicos pudiesen sacrificar ellos mismos la res que ofrecían á Jehová, y todo lo que tocaba entonces al sacerdote era rociar el altar con la sangre del animal sacrificado, despedazarlo y cuidar del fuego del altar (3). En esto nada había modificado la reforma de Josías; pero peor que esto era para Ezequiel el empleo de paganos, prisioneros de guerra y sus descendientes en el oficio de porteros y ayudantes en los sacrificios, como propiedad y siervos de Jehová, al cual los reyes solían regalarlos. Ezequiel quiso que solo personas de indudable carácter sagrado intervinieran en la morada y las ofrendas sacrasísimas destinadas á Jehová; prohibió que en adelante se admitiera á pagano alguno en el templo, y aun llevó más lejos su escrupulosidad reservando el derecho de acercarse al altar de Dios exclusivamente á los descendientes de Sadoc. La reforma de Josías había quitado á los levitas rurales el derecho de sacrificar en el templo que les concedía el Deuteronomio, de suerte que el exclusivismo de Ezequiel á favor de los descendientes de Sadoc se hallaba quizás introducido en la práctica desde muchos años, pero lo nuevo era que los motivos de Ezequiel eran puramente religiosos y que era su disposición una orden divina, porque los levitas rurales habían servido de sacerdotes en el culto tributado á las imágenes en los sitios elevados. El rigorismo de Ezequiel para con su propia tribu resulta tanto más meticuloso, cuanto que en el templo de Jerusalén se había hecho lo mismo que en las alturas, y mucho peor en tiempo del rey Manasés. Mas atendido el carácter y conducta de Ezequiel, no puede dudarse que creyó proceder con completa justicia y buena fe al excluir del altar á los individuos de su tribu y destinarlos á desempeñar las funciones de los criados paganos, que fueron expulsados del templo. Este debía ser guardado en adelante por los levitas, encargados también de matar y lavar las reses que se sacrificaban cuando no desempeñaban este

(2) Josefo: *Arch. (será Antiquitatum Judaicarum)*, 13, 13, 5, dice que Alejandro Janeo fué quien en cierta ocasión se decidió á separar por una verja de madera el espacio reservado para los sacerdotes del resto. Por lo demás, se sabe muy poco de la forma y distribución del templo que construyeron los judíos á su regreso del destierro, porque jamás fué descrito y solo se mencionan accidentalmente algunos pormenores en algún autor.

(3) Así lo confirman las leyes de sacrificio escritas en el destierro, Lev., 1, 3, que hoy forman parte del código sacerdotal y han sufrido de consiguiente el correspondiente arreglo.

cargo los descendientes de Sadoc (1). Con esto les quedó todavía algo de su antiguo derecho sacerdotal, porque entraban y ejercían su ministerio en la plaza interior del templo, donde ya no debía ser admitido el pueblo; pero esta pretensión de Ezequiel solo se cumplió en parte, conforme veremos.

En este punto Ezequiel fué tan lejos en su rigorismo consecuente, que la nación no le siguió jamás al extremo propuesto por él, y después del destierro los laicos usaron del antiguo derecho de entrar en la plaza interior, que ni siquiera fué jamás separada de la exterior de la manera que quiso Ezequiel, y hasta pudieron acercarse al altar para la imposición de la mano en la ceremonia del sacrificio. La costumbre antigua y por lo mismo sagrada resultó más fuerte que el proyecto que Ezequiel había trazado para enaltecer la santidad del templo. Hasta en el templo de Herodes se permitió todavía el acceso á la plaza exterior hasta á los paganos, bien que no podían traspasar cierto límite.

Mirando las cosas con tanta escrupulosidad, había muchos otros puntos que exigían precauciones minuciosas para no agravar á Jehová: como el traje de los sacerdotes, las telas y materiales empleados en él, la manera de arreglar su cabello, la determinación de la persona á la cual correspondía matar tal ó cual clase de animal destinado á ser sacrificado y el sitio donde le correspondía ser muerto. Era preciso, para evitar todo contacto material entre la persona sagrada del sacerdote y el pueblo profano, que el sacerdote no saliese de la plaza interior vestido con su traje sacerdotal sagrado para que con su contacto no santificara al pueblo; los sacerdotes no debían comer donde comía el pueblo la parte que á cada uno correspondía de los sacrificios. También era menester fijar reglas respecto del matrimonio de los sacerdotes, punto tan delicado y sujeto á empañar la pureza y santidad de la clase sacerdotal, y en esto tampoco se siguió en la práctica la escrupulosidad sutilísima de Ezequiel. Este profeta prohibió á los sacerdotes el matrimonio con toda mujer divorciada y hasta con las viudas de los que no hubieran pertenecido á la clase sacerdotal, cuando posteriormente, según el Levítico (2), estaba prohibido á los sumos sacerdotes el matrimonio con toda viuda en general, pero á los demás sacerdotes les era permitido contraerlo con cualquiera viuda, aunque fuese de un sujeto que no hubiera pertenecido al sacerdocio. No menos importante fué fijar la clase y el número

(1) Este trozo es importantísimo para la comprensión del Antiguo Testamento; dice así (cap. 44, 9): Así ha dicho el Señor Jehová:

»Ningun hijo de extranjero, incircunciso de corazón, é incircunciso de carne, entrará en mi santuario, de todos los hijos de extranjeros que están entre los hijos de Israel.

»10 Y los levitas que se apartaron lejos de mí cuando Israel erró, el cual se desvió de mí en pos de sus ídolos, llevarán su iniquidad.

»11 Y serán ministros en mi santuario, como porteros á las puertas de la casa, y sirvientes en la casa; ellos matarán el holocausto y la víctima para los del pueblo, y estarán delante de ellos para servirles.

»12. Por cuanto les sirvieron delante de sus ídolos, y fueron para la casa de Israel tropiezo de maldad, por tanto he alzado mi mano sobre ellos, dice el Señor Jehová, y pagarán la pena de su iniquidad.

»13. No se llegarán á mí para servirme como sacerdotes, ni se llegarán á ninguna parte del santuario, ni al *sancta sanctorum*, sino que llevarán la vergüenza de las abominaciones que cometieron.

»14. Pondrélos, pues, por guardas de la guardia de la casa en todo su servicio, y en todo lo que en ella hubiere de hacerse.

»15. Mas los sacerdotes levitas, hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento de mi santuario cuando los hijos de Israel se desviaron de mí, serán allegados á mí para ministrarme, y delante de mí estarán para ofrecerme la grosura y la sangre, dice el Señor Jehová.

»16. Esos entrarán en mi santuario, y ellos se llegarán á mi mesa para ministrarme, y guardarán mi ordenamiento.»

Por mucho que se quiera comprender mal este trozo, no hay medio de hacerlo, pues es clarísimo y no admite tergiversación.

(2) Lev., 21, 7, 14.

de reses que se habían de sacrificar en días determinados y cuántas víctimas correspondían á cada especie de sacrificios; era preciso reglamentar en qué días el pueblo era admitido en el templo, la puerta por la cual había de entrar, y aquella por donde había de salir, todo lo cual determinó Ezequiel minuciosamente (cap. 44). En algunos puntos, los judíos posteriormente fueron todavía más meticulosos, como en la contribución de reses y otros productos para los sacrificios, así como en la fijación de la clase y cantidad de ofrendas y sacrificios según los días determinados para estas ceremonias, mientras en otros puntos como el de la admisión del pueblo en el santuario prescindieron de las prescripciones del profeta Ezequiel, porque el uso antiguo y tradicional fué más fuerte. Lo nuevo fué la importancia que los judíos, á su regreso del destierro, dieron á todas estas cosas, naturalmente con el deseo de facilitar el advenimiento y duración del reino mesiánico. En esto estriba la gran importancia de la actividad de Ezequiel, el cual por su extremada y pedantesca escrupulosidad es el prototipo del judaísmo posterior, y en el cual los instintos sacerdotales fueron el contrapeso de los impulsos del profeta.

Admitido el principio de la santidad material de cuanto estaba relacionado directamente con el culto, y de alejar del santuario á las personas que no tuvieran con él relación directa como sacerdotes de Jehová y por tanto sagradas, resultó imposible la posición del rey, que antiguamente había sido el dueño y sacerdote nato del santuario, siendo los sacerdotes de nacimiento y de oficio solo sus encargados. En el plan de Ezequiel fué rebajado el rey á la condición de simple patrono del templo. A él tocaba suministrar las ofrendas para los sacrificios diarios, que era un antiguo derecho de los reyes, y como estos sacrificios eran hechos en favor de todo el pueblo, el rey cobraba un impuesto de todos los rebaños de la nación; pero de sus demás privilegios relativos al culto solo le dejó el profeta una sombra. Podía en adelante comer su parte de las ofrendas en el pórtico de la puerta del Este de la plaza exterior, pero tenía que entrar en el pórtico por la plaza exterior (cap. 44, 1 y siguientes) (3), y cuando los sacerdotes sacrificaban por él en la plaza interior, podía contemplar la ceremonia y hacer su oración desde el umbral interior del pórtico de la puerta interior del Este, mientras el pueblo no podía pasar del umbral de este pórtico (cap. 46, 2 y siguientes), por manera que todo el privilegio real se reducía á que el rey veía del altar y del templo un poco más que el pueblo. Posteriormente los judíos fueron más lejos en éste como en otros puntos por la creación y los atributos del sumo sacerdocio, que dieron á la corporación sacerdotal un jefe.

Partiendo de la idea de evitar nuevos pecados y de preservar de contaminación particularmente la morada y todo el país de Jehová, asegurando así al pueblo su benevolencia en el tiempo mesiánico, y atendida la importancia que debía tener entonces el culto, llega Ezequiel á persuadirse de que indispensablemente, á la vuelta de Israel á su país, se efectuará en él una transformación completa que se extenderá á la organización política del pueblo. En su consecuencia, Jehová le revela que en efecto se efectuará la transformación de Israel, y respecto de la organización política, le dicta su voluntad. La visión del nuevo templo, que á primera vista el profeta no conoció en su éxtasis, suponía ya un cambio completo del país y del modo de ser del pueblo de Israel. La ciudad y el terreno destinado á los sacerdotes y levitas, para corresponder al plan comunicado á Ezequiel en su visión, exigen la transformación del país alrededor del monte Sion,

(3) La puerta exterior debía quedar cerrada para siempre en memoria de haber efectuado Jehová por ella su solemne entrada.

con sus alturas y barrancos, en una vasta llanura en la cual sobresale la montaña coronada del templo (cap. 43, 12), como muchos esperaban todavía en tiempos posteriores (1). Las antiguas fuentes del templo deben transformarse en potente río que derrama por donde pasa vida maravillosa y una fertilidad exuberante (cap. 47, 1 y siguientes). El manantial nace en la visión debajo del umbral del templo, pasa luego en su curso delante del lado Sur del altar y por aquel lado del recinto. Desde allí va creciendo tan colosalmente que a la distancia de 5,000 varas (5<sup>1</sup>/<sub>2</sub> kilómetros) del templo solo se le puede pasar á nado, y sigue caudaloso hasta desembocar en el mar Muerto. Las tierras y montañas secas é incultas que atraviesa este río se vuelven fértiles y las aguas del mar Muerto se hacen potables: árboles siempre verdes y siempre cargados de fruta hermosean las orillas del río y en ellas abundan los peces. Pero aun aquí se ve la inteligencia práctica de Ezequiel, pues dice que se conservarán los lagos y pantanos en torno del mar Muerto para que el pueblo pueda proveerse de sal.

También debía cambiar la distribución del suelo de la Tierra Santa, como ya hemos visto respecto de los sacerdotes, de los levitas y de la ciudad de Jerusalén. La envidia y las rivalidades entre las tribus separadas por el Jordán habían resultado peligros nacionales, y la necesidad de mantener la casa real y la corte por medio de contribuciones había dado ocasión á que los funcionarios del gobierno esquilmaran el pueblo. También se guardaba memoria de reyes que con su codicia é injusticia habían atraído sobre la nación la ira de Jehová. Todo esto debía ser evitado en adelante por medio de un nuevo arreglo territorial en el cual Ezequiel destinaba al príncipe todo el país situado al Este y Oeste del territorio sagrado del templo, entre las dos líneas que limitaban este territorio al Norte y al Sur, prolongadas por un lado hasta el Mediterráneo y por otro hasta el mar Muerto. De los productos de este territorio real debían mantenerse el príncipe, su familia y toda su servidumbre. Podía ceder perpetuamente partes de este territorio á miembros de su familia y otras partes á sus servidores, solo temporalmente, hasta el año inmediato de restitución; pero no podía conceder ni á unos ni á otros territorio alguno en otros puntos del país.

Ezequiel en su plan renunció completamente al país oriental del Jordán probablemente porque estaba en su tiempo irremisiblemente perdido para el pueblo de Israel y ocupado por las tribus nómadas del desierto de Siria. Esto no le impidió restablecer, á lo menos en el papel, las doce tribus de Israel, pero en la comarca occidental del Jordán, á saber: cinco tribus al Sur del templo y siete tribus al Norte. El territorio del Norte según el plan del profeta llegaba hasta la cordillera de Hamat, y el del Sur se extendía desde Tamar hasta el antiguo santuario de Kadesch y desde allí hasta el arroyo de Egipto (Wadi el-Arisch) y el mar. Este límite meridional era la frontera antigua del país; pero Ezequiel en su proyecto, probablemente en sustitución del país perdido al Este del Jordán, extendió la frontera del Norte hasta territorios jamás poblados en tiempos históricos por israelitas. A fin de evitar la reproducción de las antiguas discordias entre los descendientes de Raquel y de Lia, ó sea entre la tribu de Benjamín y de Judá, determinó que en adelante las dos tribus cambiasen de sitio, es decir, que la de Benjamín quedase establecida al Sur del templo y la de Judá al Norte. Partiendo de Norte á Sur distribuyó el territorio en el órden siguiente: primero las tribus de Dan, Aser, Neftalí, Manasés, Efraim, Rubén y Judá; después el territorio sagrado á título de primicia; el territorio del príncipe, y luego las tribus de

(1) Isaías, 2, 2. (Miqueas, 4, 2.)

Benjamín, Simeón, Isacar, Zabulón y Gad, en la inteligencia de que los lotes de todas las tribus tendrían igual superficie, lo que únicamente habría sido posible, como se desprende del mapa á primera vista, si las condiciones geográficas del país hubiesen sido modificadas radicalmente.

A fin de aumentar además la población debían concederse también patrimonios territoriales á los extranjeros acogidos á la protección de Israel. En esta profecía del futuro arreglo y de la transformación milagrosa de la Tierra Santa, así como de la separación del pueblo respecto del santuario y de todo lo santo y sagrado, y de la creación de una nueva Jerusalén, amplificó el profeta Ezequiel la expectativa del reino mesiánico con rasgos enteramente nuevos. Los escritores proféticos posteriores al destierro reproducen estas ideas como cuerpo de doctrina mesiánica y los autores apocalípticos las fueron interpretando y ensanchando. Estos apocalípticos judíos fueron admitidos por las generaciones cristianas mas antiguas como escrituras reveladas por Dios á pesar de estar reñidos con el espíritu de las predicaciones de Jesús, y no solamente se ha admitido con carácter canónico en el Nuevo Testamento el Apocalipsis de San Juan, que probablemente no pasa de ser un arreglo cristiano de un trabajo judío (2), sino que también se ha admitido otro que hasta se ha puesto en boca de Jesús (San Marcos, 13, 1-37; San Mateo, 24, 1-42; San Lucas, 21, 5-36). De ahí viene que aun en el día haya muchos cristianos que se figuran el reino mesiánico enteramente á la manera de Ezequiel, y tratan de establecerlo en la Tierra Santa como un reino de santidad y de bienes materiales, á pesar de que estos mismos cristianos se hallan muy distantes de la idea de Dios que tenía Ezequiel y que ha dado lugar á estas ideas del reino del Mesías (3).

Con estas expectativas y su proyecto enseñó Ezequiel la nueva senda á la legislación religiosa moderna, tan íntimamente relacionada con la esperanza mesiánica cuanto que era, como toda legislación desde el Deuteronomio, un reflejo de esta esperanza. Mayor importancia ofrece sin embargo el plan de Ezequiel en lo tocante al espíritu moderno y á la importancia del culto, y nosotros al exponer las ideas de este profeta relativas al culto uniremos á nuestra exposición, por varias razones, la de las disposiciones destinadas á evitar las faltas y pecados morales cometidos por el Israel antiguo. Ezequiel los presenta en unión con sus disposiciones relativas al culto. Estas para él como para las leyes posteriores no constituyen sino una pequeña parte de las destinadas á ser una valla protectora para la vida del nuevo Israel, pero entre esta masa de disposiciones relativas al culto asoma ya aquello que nos interesa á los cristianos cuando hablamos de la ley de Dios.

Las disposiciones mencionadas hasta ahora que tienen por objeto hacer posible y asegurar la permanencia de Jehová entre su pueblo, van encaminadas á impedir todo contacto impuro y toda profanación de la sacrosanta morada de Jehová. Para conservar este carácter sacrosanto al santuario y morada de Dios, si por acaso y sin saberlo el pueblo hubiese habido algún contacto impuro, determinó Ezequiel que en adelante se estableciesen sacrificios de purificación, para consagrar al pueblo permanentemente, á fin de borrar toda

(2) Véase la hipótesis sagaz y plausible en Eberhard Vischer: «La revelación de San Juan, apocalipsis judío, arreglada por algún autor cristiano» (obra alemana) y «Textos é investigaciones de la literatura cristiana antigua» (obra alemana también publicada) por Gebhardt y A. Harnach, Leipzig, 1886; y «Adopción de apocalipsis judíos por la cristiandad antigua.»

(3) Ya veremos las dificultades que de esto resultan. El Apocalipsis de San Juan se arregló haciendo habitar á Dios entre su pueblo y dejando la nueva Jerusalén sin templo. Cap. 21, 22.

profanación ignorada é involuntaria, de suerte que Jehová pudiese continuar habitando en medio de su pueblo. Debían inaugurarse estos sacrificios permanentes con el nuevo altar de holocaustos y con una fiesta de expiación que debía durar siete días (cap. 43, 18-29).

Con esta prescripción quiso Ezequiel hacer del culto la misión de toda la vida del pueblo, que debía de ser una no interrumpida expiación y consagración. Estas se conseguían por los mismos ritos, pues lo que dá carácter sagrado, restablece también este carácter cuando se ha perdido (1). Cada año deben celebrarse dos de estas fiestas de expiación, el primer día del primer mes y el primer día del séptimo mes, para borrar toda profanación que pudiera haber contaminado el santuario. Asimismo debían ofrecerse holocaustos de expiación para el príncipe y el pueblo en los días de fiesta de la casa de Israel, en los de Pascua y de los Tabernáculos, según el número fijado y á la manera prescrita. Cap. 45, 18-25.

Ocioso es decir que en el tiempo anterior á la expatriación se hicieron sacrificios determinados para la consagración de personas y cosas sagradas y para recobrar la santidad perdida. En estos sacrificios, fuesen de animales ó de comestibles vegetales, ó de líquidos como sangre ó aceite, consagrados á Jehová, se untaba á las personas ó cosas con la sangre ó el aceite, que cubrían é inutilizaban la contaminación y profanación (2). Acaso se figuraban también los israelitas, conforme deja suponer la cremación de la víctima expiatoria fuera del santuario, que la impureza del objeto purificado pasaba á la víctima, porque ya sabemos que las ofrendas hechas con este objeto por el pueblo formaban en el Israel antiguo una renta principal de la corporación sacerdotal. También debió de haber en el templo de Salomón una fiesta de reconsagración del altar con sacrificios expiatorios, para los sacerdotes que funcionaban en aquel templo. A esta clase de sacrificios pueden agregarse los de purificación que cita el cap. 21 del Deuteronomio (3). Cada línea de Ezequiel dice claramente que toma por punto de partida estos usos antiguos, y solo así fué posible que ganara la voluntad de sus contemporáneos en favor de sus ideas mesiánicas. Sin embargo, antes del destierro se practicó el sacrificio de expiación, pero de una manera aislada, y jamás, en cuanto sepamos, se hizo oficialmente á favor de todo el pueblo en concepto de entidad religiosa. Esta aplicación se hizo por considerar al pueblo de Israel un pueblo santo, y entonces se efectuó la transformación religiosa iniciada por el Deuteronomio. Para el pueblo se hacía también el holocausto y se verificaba en las grandes fiestas juntamente con el sacrificio de expiación; los sacrificios de los particulares perdieron su importancia, y todos los hechos á favor del pueblo adquirieron para Ezequiel el carácter de expiación y santificación: «Mas del príncipe será (la obliga-

(1) Así se explica también la ilustración (Ex., 29, 4) y la expiación, Lev., 16, 4.

(2) Esta misma idea se conserva todavía hoy muy robusta en iglesias cristianas, como lo prueba en las católicas el uso del agua bendita y de la bendición de las campanas. Refiérese también de la iglesia griega cismática el siguiente caso reciente. En una subasta pública adquirió un protestante una imagen antigua de un santo, y para llevarse esta imagen sin exponerse á las iras del público devoto, fué menester que el comprador se dejara rociar las mangas de su gabán con agua bendita y que hiciese que llevara al santo en sus brazos una persona ortodoxa, de cuya manera pudo llegar la imagen a su casa sin peligro.

(3) Véase en el periódico alemán de las ciencias del Antiguo Testamento, 1883, págs. 178 y siguientes, el trabajo de Adler sobre el día de expiación y reconciliación: «De la Biblia, su origen y su significación;» solo que este autor no ha señalado bastante que la expiación en un principio nada tuvo que ver con transgresiones de la moral, sino únicamente con la consagración y reconsagración de personas ó cosas profanas ó profanadas respecto de la santidad del culto.

ción de dar) el holocausto, y el sacrificio, y la libación, en las solemnidades, y en las lunas nuevas, y en los sábados; y en todas las fiestas de la casa de Israel; él dispondrá la expiación, y el presente, y el holocausto, y las ofrendas pacíficas, por la casa de Israel.» También las antiguas ceremonias santificaban el culto, así como al país y al pueblo. La tierra era en efecto santa porque se practicaba en ella el culto de Jehová; mas en adelante el culto fué una institución nacional destinada á cuidar y conservar la santidad de Jehová, de su morada, de sus servidores y de su pueblo; institución cuya práctica no debía interrumpirse, para evitar por todos los medios posibles la mezcla de lo santo con lo profano y lo impuro y hacerla desaparecer si por casualidad llegaba á efectuarse. Eran, pues, ideas muy distintas las que en adelante inspiraron los sacrificios para rendir culto á Dios. Así como antiguamente el culto divino era un acto espontáneo dictado por el impulso religioso natural del corazón humano, desde entonces en adelante fué, según Ezequiel, un don de la merced divina para que los hombres poseyeran un medio de evitar la ira de Dios. Esto explica la repugnancia que mostraron posteriormente los autores á admitir la existencia de sacrificios á favor del pueblo de Israel antes de Moisés.

Ezequiel al transformar el culto en un acto de expiación y reconciliación á favor de Israel para santificarlo y al propio tiempo para que moviera la voluntad de Dios al perdón de sus faltas é impurezas, creó no solamente el culto judío, sino también el de la cristiandad católica. Ambos tienen por base una leal sumisión del hombre á Dios, la cual tiene la virtud de obrar sobre Dios y sobre el hombre, al primero reconciliándole con el hombre, y al hombre santificándole. El cristianismo conserva también la idea original de conseguir por la expiación y la leal sumisión aplacar á Dios, en lugar de obtener el perdón de los pecados por simple efecto de la gracia divina.

Admitido el culto como una institución de expiación ordenada por Dios para obtener la santificación de todo el pueblo, pudo Ezequiel armonizar la figura del rey, como legado del tiempo pasado, con la misión del pueblo restaurado. Siendo el culto la vida del pueblo, el cuerpo sacerdotal tenía que ser su guía espiritual, es decir, la cabeza verdadera de la nación, pues estaba á su cargo el ramo mas principal de la organización nacional. A primera vista parece que Ezequiel debería haber pensado en poner á la cabeza de toda la nación á un sacerdote; mas no lo hizo así, probablemente porque, como todos sus contemporáneos, no pudo figurarse el Estado israelita sin rey temporal, á pesar de no quedar ya en el plan del profeta función alguna para un jefe temporal de la nación. En efecto, el rey en este plan no es ya juez supremo, porque existe la ley, que es aplicada é interpretada por el sacerdote, ni se necesita capitán en la guerra, porque en el reino mesiánico el pueblo de Israel vivirá en paz bajo la protección de Dios. Por eso el proyecto de Ezequiel no instituye ningún rey, sino únicamente un príncipe, al cual el profeta deja algo de los derechos reales relativos al culto. Este príncipe no sacrifica ya, ni nombra los sacerdotes, que no son ya empleados suyos; pero suministra las reses y el material para el culto, y siendo el culto cosa de todo el pueblo, cobra una contribución con este objeto, á saber: «Esta será la ofrenda que ofreceréis: la sexta parte de un efa de homer del trigo, y la sexta parte de un efa de homer de la cebada. Y la ordenanza de aceite (será) que (ofreceréis) un bato de aceite, (que es) la décima parte de un coro (4). Diez batos (harán) un homer, porque diez batos son un homer. Y una cordera de la ma-

(4) Uno por ciento, á causa de los grandes gastos de producción. Cornill.

nada de doscientas, de las gruesas de Israel, para sacrificio y para holocausto, y para ofrendas pacíficas, para expiación, dice el Señor Jehova. Todo el pueblo de la tierra será (obligado) á esta ofrenda para el príncipe de Israel.» Capitulo 45, 13-16.

El príncipe cuida de sostener el culto y suministra al altar del nuevo templo los sacrificios como hacían antes los reyes, sólo que no lo hace de su propio peculio, sino que ha de sufragarlos el pueblo, que entrega sus cuotas al príncipe á falta de una contribución destinada directamente al templo.

Como el profeta lo juzga todo desde el punto de vista del culto, al hablar del culto habla también de los deberes y derechos del príncipe. Los reyes antiguos y sus empleados habían oprimido al pueblo con sus injusticias y con pesas y medidas arbitrarias, y quizás para cobrar los impuestos habían usado pesas y medidas de ley, mientras que para pagar se habían servido de medidas y pesas falsas; por esto dijo Ezequiel, 45, 9 y siguientes: «Así ha dicho el Señor Jehova: Básteos (ya), oh príncipes de Israel: dejad la violencia y la rapiña; haced justicia; quitad vuestras imposiciones de sobre mi pueblo, dice el Señor Jehova. Peso de justicia, y efa de justicia, y bato de justicia tendréis. El efa y el bato serán de una misma medida: que el bato tenga la décima parte del homer, y la décima parte del homer el efa; la medida de ellos será según el homer. Y el siclo (será) de veinte geras; cinco siclos serán cinco siclos, y diez serán diez, y cincuenta siclos formarán una mina.» Aquí tenemos un caso de lo que indicamos hace poco, á saber: que los deberes morales forman sólo una pequeña parte de las leyes impuestas al pueblo de Israel. En los escritos posteriores que tratan de fijar reglas, leyes y observancias, desaparecen todavía mucho más los mandamientos morales bajo la balumba de las disposiciones relativas al culto.

La reflexión inteligente que sin duda presidió al desenvolvimiento de este plan de reorganización del pueblo de Israel en el tiempo mesiánico, y que viene á ser la base de la legislación y de las esperanzas posteriores de la nueva Jerusalén, se muestra también, y con mayor evidencia, en la previsión de una embestida general de los paganos contra la Tierra Santa y la nueva Jerusalén, cuando el reino mesiánico haya existido, algún tiempo después del regreso del pueblo de Israel al país de sus antepasados. Solo que en este punto cuenta Ezequiel, no ya solamente con la religiosidad del pueblo, sino también con el influjo de Jehova, que revelará su poder y la santidad de su nombre. La destrucción del reino y del templo de Israel habían desacreditado el nombre de Jehova entre los paganos, bien que para los hijos de Israel sería ya suficiente prueba del poder de Jehova haber reinstalado á su pueblo en su patria y haberle concedido las venturas mesiánicas; pero podía alegarse que para todo esto tenía Jehova poder y no para proteger á su pueblo contra los dioses de los babilonios y para haber rechazado el ataque de estos en el año 586. Así, solamente cuando Jehova hubiese humillado á los babilonios, sería evidente que la catástrofe del año 586 había sido el castigo infligido á Israel por sus iniquidades y que los babilonios no habían sido sino el instrumento de Jehova. Esto pareció á Ezequiel indispensable para no dejar lugar á la menor duda tocante al poder sin rival de Jehova, y por lo mismo estaba persuadidísimo de que los pueblos paganos desde el extremo Norte al extremo Sur darían un ataque general contra la ciudad santa y entonces Jehova aniquilaría fácilmente á estos enemigos de Israel.

En los últimos tiempos, es decir, en el tiempo postrero mesiánico, Jehova hará emprender á Gog (1), del país de

(1) E. Meyer: *Historia de la Antigüedad*, tomo I, pág. 558, explica

Magog, y á los príncipes de Moloch y Thubal, una guerra contra la Tierra Santa, y les seguirán los pueblos del Norte, Gomer y Togarma, los persas (2), los de Kusch (los nubios), los put (3), que habitan al Mediodía, y otros pueblos (4). «Aquel día subirán palabras á tu corazón, y concebirás mal pensamiento. Y dirás: Subiré contra un país de aldeas; iré á (gentes) tranquilas y que habitan confiadamente; que no tienen muros, ni cerrojos, ni puertas; iré allí para arrebatar despojos y para tomar presa; para poner la mano sobre las (tierras) desiertas, (ya) pobladas, y sobre el pueblo que ha sido congregado, después de estar disperso entre las gentes, que empieza á tener posesiones, (y) que mora en el ombligo de la tierra.» Cap. 38, 10-12. Acompañan á Gog los mercaderes de todos los países del mundo desde Tarteso (Tarifa), en España, hasta el Mediodía de Arabia, para comprar el botín que Gog ha de hacer; todo sucede, sin embargo, para que Jehova demuestre á la vista de los paganos que es el Dios santo. Cap. 38, 16. Tan pronto como Gog pisa el territorio de Israel, sube el furor á las narices de Jehova; se siente un terremoto que derriba montañas y murallas y hace temblar á todos los vivientes; Jehova hace que los enemigos dirijan sus armas los unos contra los otros y los aniquila con pestes, y sangre, con lluvias y granizos, con fuego y azufre. «Y haré notorio mi santo nombre; me manifestaré á la vista de muchos pueblos, y sabrán que yo soy Jehova.» Siete meses necesitará Israel para dar sepultura á los muertos en la comarca oriental del Jordán, y para purificar el país, y después todavía habrán de emplearse enterradores para recorrer todo el territorio en busca de los muertos que hubiesen quedado (5). Durante siete años no tendrá Israel que cortar árboles para leña, porque le bastarán para alimentar sus fuegos los mangos de madera de las armas de sus enemigos muertos. «Y pondré mi gloria en Gog (el texto dice: entre las gentes) (6), y todas las gentes verán el juicio que habré hecho, y mi mano, que sobre ellos puse. Y de aquel día en adelante sabrá la casa de Israel que yo soy Jehova, su Dios. Y sabrán las gentes que la casa de Israel fué llevada cautiva por su pecado; por cuanto sus hijos se rebelaron contra mí, y yo escondí de ellos mi rostro, y entreguéles en manos de sus enemigos, y cayeron todos á cuchillo. Conforme á su inmundicia y conforme á sus rebeliones hice con ellos; y de ellos escondí mi rostro.» (Cap. 39, 21-24.) Esto no sucederá ya más, porque Dios ha derramado su espíritu sobre la casa de Israel (29).

Este cuadro de un suceso lejano del porvenir es evidentemente producto de las meditaciones de Ezequiel sobre Jehova y sobre los sucesos del año 586, mientras el cuadro de Gog es sacado de la gran invasión escita, que ocurrió acaso en tiempo del mismo Ezequiel, antes del cual habían pro-

de una manera muy plausible el personaje enigmático llamado Gog, suponiendo que fué como un eco vago de Gíges de Lidia que podía haber llegado hasta el profeta. Para los escritores posteriores fueron Gog y Magog nombres simbólicos de multitud de pueblos del Norte. En el capítulo 39, 6, de Ezequiel, es Magog un error de escritura, debiendo decir Gog.

(2) Es el pasaje más antiguo que menciona á los persas en el Antiguo Testamento.

(3) E. Meyer dice en su historia del Egipto Antiguo, que en Egipto se daba á las tropas auxiliares egipcias el nombre de *put*, lo que los israelitas tomaron por el nombre de un pueblo.

(4) En este pasaje Ezequiel da á conocer su horizonte geográfico, que llegaba al Norte hasta el Asia Menor y al Sur hasta la Nubia, en el Oeste hasta la Arabia meridional; es la extensión del comercio fenicio, y lo mismo resulta del cap. 27.

(5) Aquí se ve el afán escrupuloso de Ezequiel de evitar al nuevo Israel toda impureza.

(6) Enmienda de Cornill.

tizado de una manera análoga Jeremías y Sofonías, á los cuales alude Ezequiel claramente en el cap. 38, 17.

A fuerza de meditar llega Ezequiel mucho más allá que los profetas anteriores, que no pasaron de ver el nuevo reino agradable á Dios, cuando Ezequiel vaticinó el juicio que sufrirían los paganos después de constituido el reino mesiánico, el juicio universal, del cual tendremos todavía que hablar muchas veces.

## CAPITULO VI

### LOS ESCRITOS LEGISLATIVOS DEL TIEMPO DEL DESTIERRO Y LA LEY DE SANTIDAD

En los arreglos deuteronomistas de las antiguas tradiciones históricas vimos desarrollarse las ideas de los profetas, las cuales adquirieron por Ezequiel su mayor intensidad tratando del pasado de Israel. El plan de Ezequiel respecto del porvenir conmovió también los ánimos é influyó en los trabajos literarios, dándole una dirección determinada. Los mismos motivos que tuvo Ezequiel para dar instrucciones precisas y minuciosas relativas á su plan hasta en sus pormenores de ceremonias del culto, tuvieron otros para fijar hasta por escrito las usanzas antiguas en los sacrificios; y es de presumir que, tratándose de antiguas ceremonias, trataran estos escritores principalmente de las del templo de Jerusalén. El motivo de esta codificación no parece haber sido el haber caído en desuso la práctica de los sacrificios, si bien podrá haber contribuido á ella, sino el grandísimo celo por cuanto pudiese contribuir á conservar la pureza y santidad del nombre de Jehova. El gran pecado del Israel antiguo, tan duramente castigado, había consistido en el culto de otros dioses extranjeros y en el tributado á Jehova á la usanza de los paganos. Según el Deuteronomio se había practicado en Jerusalén un culto agradable á Jehova desde el tiempo de Salomón, y lo que los modernos autores se propusieron fué fijar bien los usos y prescripciones practicados en este culto para poder tomar parte en él. La idea constante de haber excitado la ira de Dios había aumentado los escrúpulos de conciencia, y se dió á las cosas más insignificantes una importancia exagerada. De aquí la solicitud exquisita para fijar hasta los menores detalles relativos á los actos del culto. Fueron naturalmente sacerdotes los que anotaron y fijaron estas minuciosidades, porque ellos mejor que nadie conocían los usos, y los laicos que habían sacrificado en otro tiempo podían acordarse á lo más de los derechos que entonces les correspondían, pero ni de esto se acordaban probablemente tan bien y con tanta exactitud como los sacerdotes.

En las discusiones modernas sobre el origen de la ley judaica, muchos han sostenido y sostienen que en Israel se poseyeron ya en épocas remotísimas ordenanzas escritas sobre las prácticas empleadas en los diferentes actos y ceremonias del culto (1). Por razones generales esta opinión es enteramente inverosímil. Siempre que se trata de conservar usos en el círculo estrecho de una corporación, como la sacerdotal de Jerusalén, y más si esta corporación se compone solo de una familia privilegiada como la de Sadoc, que practica estos usos sin interrupción, se ha empleado en todos los tiempos y países la tradición verbal y oral, que con la vista y la práctica constante basta completamente para el efecto. Por otra parte, cuando han tenido que conservarse multitud

(1) Algunos se apoyan en las tarifas de sacrificios de los fenicios desde que se han descubierto estas tarifas; pero esto no prueba nada, primero porque los fenicios nada tenían que ver con el culto judaico y luego porque es muy probable que estas tarifas sean más modernas que el imperio babilónico, sin contar otras razones de mayor peso.

de prácticas durante largo tiempo solo por recuerdo oral, se nota siempre repugnancia y temor á fijarlas por escrito, como si se profanasen, y se prefiere conservarlas como siempre por tradición oral. Este respeto, sin embargo, tuvo que ceder ante otros impulsos más poderosos. Si se tiene presente la tenacidad con que posteriormente los judíos se limitaron á la tradición verbal en cuantas cosas á la religión se referían (2), se comprenderá la inverosimilitud de que los judíos hayan tomado apuntes relativos á las prácticas tradicionales del culto antes del destierro. La tradición verbal bastaba á los sacerdotes para guardar los derechos y preceptos de Jehova, porque para esto existía la institución sacerdotal, cuyo oficio se aprendía como los demás oficios (3).

Las cosas cambian, como se comprende, desde el momento que no se practican ni se pueden practicar los antiguos usos, ni enseñarlos de consiguiente á los que los debían aprender. En semejante situación la tradición verbal corre peligro de alterarse gradualmente, de sufrir omisiones de detalle y de desfigurarse otros. Es de suponer, pues, por estas razones que los apuntes escritos de las prácticas del culto usadas en el templo de Jerusalén tuviesen solo este origen. Es del todo inverosímil que hubiesen existido antes del destierro apuntes detallados, de lo cual no existe ni la más leve sombra de prueba atendido que los escritos probadamente anteriores al destierro, como el Libro de la Alianza y el Deuteronomio de Josías, nada en rigor contienen tocante á usos rituales, y si algo hablan de ellos es accidentalmente por exigirlo el eslabonamiento de otras materias.

Quizás habrían podido escribirse en el destierro los usos del culto cuando la primera generación expatriada y práctica en las ceremonias del templo iba á extinguirse ó cuando ya se había extinguido; pero no sucedió así. Los escritos más antiguos del destierro prueban que los expatriados trataron solo de conservar verbalmente las tradiciones, refiriéndose siempre al templo antiguo con una sola plaza en la cual se admitían los laicos, y ningún autor se refiere todavía al templo proyectado por Ezequiel. Este afán de conservar por escrito las prácticas religiosas, fué efecto de la agitación suscitada por Ezequiel en favor de la santidad de Jehova, y se comprende sin trabajo que se produjera mucho antes que la codificación detallada de la ley que regía en el templo y que se escribió muy tarde (en 572). Esta apuntación detallada recibió toda su importancia del hecho de haberse convertido en deber de todo el pueblo la conservación de la santidad de Jehova y la observancia nimia de su ley. Entonces, no los sacerdotes solamente, sino todo el pueblo fiel, todos los is-

(2) Sin exceptuar las argucias microscópicas de la Masora (véase la primera parte).

(3) Los críticos que admiten escritos y apuntes de las leyes del culto antes de la expatriación del pueblo de Israel suelen apoyarse en la expresión de Oseas (8, 11 y siguientes): «Porque multiplicó Efraim altares para pecar, tuvo altares para pecar. Escribible las grandezas de mi ley (y) fueron tenidas por cosas ajenas,» ó como dice la nota del texto del autor: «Aunque les escribiera mis *torotes* (leyes, véase la parte primera) á cientos de millares, los mirarían como escritos extranjeros.» Falta saber si estas leyes fueron simplemente leyes por el estilo de las del decálogo ó si eran apuntes y reglas rituales. Oseas se queja de la inmundicia de Israel, pero aun admitiendo que las leyes escritas de Oseas hubiesen sido rituales, lo habrían sido para el reino del Norte y no para el de Judá, siempre más fiel á la ley. A esto contestan los partidarios de las tradiciones escritas, que era muy natural que la corporación sacerdotal del santuario central tuviese sus leyes y estatutos escritos ya en tiempo antiguo; mas esta suposición solo parece natural á aquellos que se figuran santuario central el templo de Salomón en contradicción directa con toda la literatura anterior al Deuteronomio, porque éste no dice absolutamente nada de ritos y mucho menos de ritos escritos. El destierro dió el motivo por todos los conceptos indicados para conservar por escrito la memoria de las tradiciones antiguas relativas á las prácticas del culto.